

## Pequeños expiatorios.

Se ha mencionada repetidamente la capacidad redentora y salvífica del Arte, sea para expiar fantasmas, como para rellenar los huecos existenciales con que la vida nos ha ido vaciando; claro que ello *es suplementario*, porque nada reemplaza la presencia de la obra, y pronto los motivos esgrimidos caen ante la verdad que ella grita a voces. Su valor testimonial prontamente es excedido por el artístico, dado que el primero es condición quizás necesaria pero jamás suficiente para la materialización de aquella.

La *niñez* como estado y circunstancia predatorias (sobre todo en su forma pasiva), reducen a fantasmagoría aquello que suele presentarse como estado ideal. Es el deformante recuerdo quien la recupera, pues no se es conciente de su estar, al menos hasta tornarse adulto: pocas veces coincide con el edulcorado paisaje que de ella se vende como producto publicitario. Su significación positiva se evapora porque su realidad se desvanece. En suma, un paraíso artificial.

### *El collage como forma de memoria.*

**Alejandro Varela** refleja sobre esta situación trabajando en formato de collage, armando con retazos una realidad esquiva, muchas veces indiferente, como suele ser esa lejana antesala de la madurez (que mientras se vive se consume en su propio transcurrir, y luego regresa a través de la dispendiosa memoria): mediante texturas, incorporación del paisaje urbano, inclusión de letras y otras legítimas licencias plásticas, perfila y encuadra sus desvalidas figuras, observando con minuciosidad, deteniéndose en detalles que alargan la silueta, otras la engrosan para mostrar la discriminación o los malos hábitos alimenticios, retratando con ternura al mismo tiempo que denunciando las inequidades que la habitan.

Sus expresivas figuritas, entre el margen y la periferia de la ciudad, se mueven entre cierta quietud y la invitación a la acción: indican, señalan, en general con aire levemente entusiasta; otras sacando fuerzas de flaqueza para, de entre los muros que detentan su hábitat, individualizarse ante tanta monotonía, que todo lo iguala.

### *Sobre testimonios y otras inequivalencias.*

En esta personalísima visión, Varela trasmuta los escenarios diversos de la vida del barrio en escenas que, cercanas a la aproximación o retrato psicológico, describen la inocencia de la niñez floreciendo junto a la culpa. Para ello, afila la mirada para penetrar esta encubierta realidad, poniendo al descubierto sus entrañas, negándose a la cómplice visión de producción y consumo que otras corrientes proponen.

Su expresividad se da *naturalmente*, a través de empastes y texturas, que hacen planas las figuras, carentes de espesor, cuasi muñecos librados a un viento invisible que sólo les permite jugar, aunque una secreta intensidad los recorre, como a sabiendas de que pese a sus figurillas casi esperpénticas, pasarán a la historia por la magia del retrato pictórico.

La omnipresente sombra de Antonio Berni se cierne, más como punto de partida que de arribo, por las capas sociales que enfoca, (especialmente las menos favorecidas), y a sabiendas de que todo vale en el cuadro, mientras éste conserve su individualidad: la

ajustada gama cromática que Alejandro Varela utiliza se aviene tanto con los personajes escogidos como con las modestas casitas, pegatinas en las paredes, y hasta el ropaje que cubre como al descuido a esos niños del exilio, mientras estos exhiben con orgullo la camiseta de su modesto club, o las niñas secretean entre sí.

### Expiaciones sin culpa.

La precariedad de la niñez es mostrada como aquello a expiar: la *aitía* o culpa griegas, que luego el cristianismo convertirá en pecado. En este subsistema de signos, sus figuras son atravesadas por el flujo que la contaminación global extiende a montaje, anónimos mandatos de un mundo que A.Varela resguarda bidimensional al tiempo que denuncia a través de lo nominal en sus cuadros; léanse al respecto los títulos con que da la temperatura socio-estética de ellos: Dale campeón, De ayá somos, El gordo al arco, Dame la guita, y otros con acento crítico tales como Llame ya y Arte BA. En suma, abstracto codicilo cuyos trazos y colores proporcionan fuertes indicios para descifrar formas inequitativas de lo real.

Si bien su pintura enfila hacia lo que usualmente se denomina figurativa, se sustenta en una economía simbólica de alto valor conceptual, dando señas de una manifiesta identidad, recortando un espacio temporal que hace suyo con particular eficacia. El cuadro, en tanto lugar de encuentro del espectador con el creador, *se manifiesta* en tanto materia transfigurada por la acción humana, que exhibe caracteres de este particular espécimen, capaz de dañar a sus congéneres sin motivo alguno. La elección de la primera edad y cierta connotación serial colocan a Alejandro Varela en un lugar particular de observación, que devuelve con agudeza, collage citado mediante, sin ser estentóreo, como quien está lidiando con un tema candente; fresco y sapiente en sus resoluciones plásticas.

**Prof. Osvaldo Mastromauro**  
Asociación Internacional y Argentina de Críticos de Arte  
*primavera de 2008*